

Alimentación del ganado vacuno

Mucho se ha escrito sobre alimentación del ganado, particularmente desde que el problema bromatológico se ha orientado en bases científicas; pero se ha escrito poco sobre su práctica económica.

Los procedimientos más modernos de alimentación a base de unidades forrajeras, divulgadas por mi joven compañero, Simón Paniagua, en un excelente folleto de reciente publicidad, con aportación de trabajos propios, enfocan mejor el problema hacia una técnica económica, que los procedimientos basados en la aplicación de las tablas de Wolf u otras similares, que sirven, sin embargo, de comprobantes para el perfecto equilibrio de los diferentes alimentos utilizados en la formación de la ración, equilibrio que se expresa en las conocidas relaciones nutritivas.

Ramón Olalquiaga
Ingeniero Agrónomo

El método basado en las unidades forrajeras hace separables sencillamente las dos partes en que se divide toda la ración dada a un ganado, a saber: ración de conservación y ración de producción, y con ello fija una base económica que se fundamenta sólidamente sobre la perfecta utilización de esta ración productora.

El ganado debe vivir holgadamente, disponiendo de los alimentos suficientes para aguantar las pérdidas de calor que sufre constantemente, para aumentar con la edad normalmente de peso y para disponer de energías en la digestión de todos los alimentos que consume. Estos alimentos constituyen la ración de conservación del animal. Un animal de determinado peso necesita un número de unidades forrajeras para vivir y desarrollar sus funciones fisiológicas naturales, y estas unidades forrajeras se le dan a base de alimentos baratos, de alimentos no concentrados, de alimentos que para reunir muchas unidades forrajeras necesitan tener peso notable. Y este alimento voluminoso da calorías bastantes para la conservación del animal, y al tiempo que llena su panza satisface sus exigencias puramente fisiológicas.



Y lo que en una máquina corriente se consigue constantemente con grasas, limpieza, reparaciones y ajustes, se logra en el animal con henos, remolacha, ensilajes, pulpas, beza, etc.

¿Qué necesita una máquina para producir industria? Unas veces carbón, otras gasolina,

un combustible animal apto para su producción industrial. Y de este combustible-alimento de producción- queremos hablar, y en una máquina que ha de producir leche, que no es otra cosa del ganado vacuno lechero. Y en lugar de dar el citado alimento a tontas y a locas y esperar el resultado, fijémo-

// PARA PRODUCIR UN KILO DE LECHE SE NECESITAN, 0,35 UNIDADES FORRAJERAS, VARIABLES SEGÚN RAZAS, CLIMA Y CLASE DEL GANADO //

aceite pesado otras, o electricidad: una materia prima de producción, dependiente de la clase de máquina de que se trate. Y así, la máquina animal productora de trabajo, o de leche, o de lana, necesita también

nos en lo que nos dicen los estudios técnicos:

“Para producir un kilo de leche se necesitan, 0,35 unidades forrajeras; pero serán más o serán menos, según las razas, el clima del lugar de que se trate

y la clase del ganado”. Desgraciadamente, en este más o menos se encierra toda la economía de la producción. De nada nos sirve dar 0.35 unidades forrajeras si el valor de estas unidades nos resulta superior al del litro de leche al pie de establo, y aunque fuera menor, sería absurdo conseguir con 0.35 unidades lo que económicamente puede conseguir con 0.27 o 0.28.

Todo ganadero debe de saber para su establo, y lo más aproximadamente posible, el valor de este coeficiente, de su coeficiente. Tomemos un lote de ganado, o todo el establo si se quiere; demos una ración de producción corriente y variemos unas veces en alza y otras en baja esta ración. Si el aumento en litros en el alza tiene un precio superior al aumento del precio de la ración, sigamos aumentando. Si ocurre lo contrario, juguemos a la baja, y aunque baje la producción veamos si el descenso por valor de leche es menor que la baja en el precio de la ración. Y en el alza o en la baja llegaremos a un punto de equilibrio: si sube la ración, no se aumenta la leche en proporción; si se disminuye, baja la leche en desproporción. Este es el punto económico, y dividiendo las unidades forrajeras totales de la ración de produc-

ción, por el número total de litros obtenido, tendremos el coeficiente forrajero económico del establo en que se ensaya. ¿Es esto de importancia?

Pensemos un momento en la inmensa mayoría de vaquerías, en que al descenso de la producción de leche sigue un absurdo aumento de ración de producción: harinas, salvado, tortas, etc.

Se sabe que en toda vaquería hay descensos forzados cuando la masa del ganado se aleja del parto. ¿A qué forzar una producción que no ha de llegar?

Sabido y obtenido el coeficiente, multipliquemos el número de litros total producidos en un día en el establo por dicho coeficiente, y demos el resultado en unidades forrajeras en la ración del siguiente día. Suben las vacas, aumentamos la ración, baja la leche, disminuimos la ración de producción, quedando solo como constante en las raciones el alimento voluminoso de conservación citado al comienzo.

Tanto das, tanto comerás, debe el ganadero decir al callado ganado, contando pesetas a l medir la leche producida, sin obsecarse viendo cómo una vaca da una producción grande y calculando que hay una cantidad de litros en ella, descaradamente antieconómicos, que anulan acaso toda ganancia cuando no empeñan.

¿Qué se yo de unidades forrajeras?, dirá algún ganadero. Si eres gran criador, no perderás el tiempo adquiriendo elementales conocimientos de alimentación. ¿Acaso en la industria corriente el propietario, el ingeniero o el capataz no estudian antes las bases económicas de su empresa?

Si eres propietario pequeño y no estás en condiciones de aprender grandes cosas, te ofrezco una solución, que se acerca a la práctica científica de la alimentación.

Separa los alimentos voluminosos que das al ganado: ensila-



jes, remolachas, henos, pajas, etc., de los alimentos concentrados: harinas, tortas, salvados, etc.; da de los primeros lo mismo que das al ganado, y juega en los segundos – los alimentos caros-, al alza y a la baja, en peso, ya que no en unidades forrajeras. Llegará a ahorrar mucho dinero en los momentos de descenso en la leche de tu ganado, y no temerás el aumentar el alimento concentrado, cuando las vacas, tras el parto, entran en su momento favorable. ¿Qué hace el buen ganadero? Responde perfectamente a estos juegos, y con pocas unidades forrajeras, un poco alimento concentrado, da mucha leche y con mucha constancia.

Muchos creen que todo ganado bien comido devuelve lo comido por servido, y esta es una lamentable equivocación. ¿Para qué servirían entonces esos animales selectos, ese ganado de genealogía que constituye la aristocracia del vacuno?

Si una cabeza no responde a las prácticas económicas de una vaquería, debe desecharse inmediatamente, y tampoco deben de conservarse los descendientes de un ganado que se limita simplemente a cumplir, haciendo constantemente guiños económicos a su dueño.

Ese ganado colosal, del que frecuentemente se ven fotografías en las revistas agrícolas y sobre el que escriben artículos citando producciones de 10, 12 y hasta más miles de litros de leche en doce meses, tiene su gran misión que cumplir: debe de dar el litro de leche con pocas unidades forrajeras, aun llegando a producciones considerables. Ni más ni menos. No quieren esas cifras decir que forzosamente se tengan que extraer esos 10, 12 o más miles de litros de leche de las ubres de ese ganado. Puede ocurrir que, según los precios de las harinas, tortas, etcétera, sea más económico pedir al citado ganado siete u ocho mil litros; pero siempre nos dará cada litro de estos más barato que cualquier expósito animal, sin historia y sin antecedentes.

No es sencillo, ni mucho menos, el fijar con alguna exactitud el coeficiente de unidades forrajeras por litro de leche, porque es el resultado de un continuo estudio y de una constante experimentación; pero sí lo es el aproximarse bastante a esa cifra, lo mismo que en cualquier negocio es más fácil jugar con pesetas que con céntimos.

Pero llegado a una primera aproximación, el ganadero verá

los resultados, y con los resultados se animará al estudio, ya que los céntimos que ruedan en una explotación de alguna importancia suman pesetas y más pesetas, como no puede ignorar cualquier ganadero de algunos vuelos.

Y esto no es teorizar, ni ganas de hablar a humo de pajas, sino el resultado ligeramente expuesto de una práctica eficaz. Por esto se lee con agrado ese “0,35 unidades forrajeras, o más o menos”, que deja a la experi-

mentación del ganadero el definir su coeficiente, demostrando una vez más que la práctica es la aplicación específica, de las normas generales que ha señalado la teoría después de profundos estudios en que se plantean problemas, se encuentran soluciones y se definen orientaciones, pero sin la ambición de llegar a resolver un caso concreto.

El resultado de estas impresiones, quizás algo deshilvanadas, se puede expresar en pocas palabras: todo ganadero debe de tener animales selectos, cueste lo que cueste; debe de jugar al alza y a la baja con la ración de producción que da al ganado, y definir el coeficiente, su coeficiente forrajero.

El problema de la alimentación del ganado es demasiado complejo para que se pueda abandonar al azar.

El ganadero debe de estudiarlo, pues, de lo contrario, deshará su industria o ganará menos de lo que lógicamente puede pretender, y en algún caso no se verá en la necesidad de agotar su inteligencia estudiando el fracaso económico en el fracaso de las economías poco legales, cuando pudo emplear sus dotes en el conocimiento, fácilmente asequible, de las normas de una buena y racional alimentación.